



JESUS LOUZARA
DE ANDRES

JOSÉ PRAT

La Burguesía y el Proletariado

CONFERENCIA
LEÍDA EN EL CENTRO «JOVENTUT REPUBLICANA»
DE LÉRIDA, EL DÍA 16 DE ENERO DE 1909

Precio: 10 cents.

BIBLIOTECA EDITORIAL SALUD Y FURBERA

TAFINERIA, 27 Y 29, PRAL. 1.ª

Barcelona

An 75

Bro An 755

AGENTES Y REPRESENTANTES

República Argentina

D. Bautista Fueyo, Paseo de Julio 1842 — Buenos Aires.
D. Serafin Guidetti. — San Genaro, F. C. C. y R.
D. Nicolás Valdettero — Levalle F. C. P.

República del Uruguay

D. Herminio Calabaza, Uruguay. 271, librería. «La Nueva Infancia»
— Montevideo.
D. Restituto Vilaboa — La Paz, Departamento Canelones.

República de Chile

D. David Soto de Herrera, Correo Central; y Librería de D. Luis
Tamaño — Santiago.

Estados Unidos del Brasil

D. Antonio Orellana, Rua Maria Domitilla 88 — São Paulo.
D. Antonio Dominguez, Rua Vizconde de Moranguapez, 25 — Rio de Janeiro

República del Perú

Representante General:
D. Angel Cesisola, Lescano 157 «Librería Moderna» — Lima.

América Central

Representante General:
D. José Guardiola, Poñalver, 21 — Habana. República de Cuba.

América del Norte

Agente General:
D. Pilar A. Robledo, Station C. Box 676 — Los Angeles. Cal. U. S. A.



LA BURGUESÍA

Y EL PROLETARIADO

Amigos y adversarios

El pasado de la lucha

Escudado en vuestra tolerancia, en la tolerancia de este Centro republicano que abre noblemente sus puertas á las ideas de sus mismos adversarios, dejando así aquilatar, por la comparación, los diferentes valores ideológicos, voy á hablaros atrevidamente—y digo atrevidamente porque el tema será superior á mis fuerzas y porque, además, el punto de vista desde el cual voy á tratarlo estará muy distanciado de aquel punto de vista republicano en que os situaríais vosotros—voy á hablaros atrevidamente, repito, de una cuestión que si no es nueva tiene la doble ventaja de ser siempre de actualidad y capitalísima, cuestión que interesa á todos los hombres sin distinción de clases, aunque no les apasiona á todos con igual intensidad; cuestión que entraña el porque de muchas luchas ya olvidadas en el fondo de la historia, de luchas que presentemente nos agitan y conmueven y de luchas que nos ofrecen para el futuro una esperanza de solución á los males sociales lamentados por todos los hombres de corazón. E interesa á todos los hombres esta cuestión porque en su fondo palpita este anhelo de felicidad, de paz moral, perseguida por tan diferentes caminos, y que es también acicate del género humano en las cruentas luchas de su historia. Me refiero á la llamada cuestión social, á esta lucha que sostiene en todos los países la burguesía y el proletariado. Ya veis que ni el tema es nuevo ni lo es la cosa. Interpretad la historia

de modo materialístico como hace la sociología moderna, buscando entre las nieblas de los idealismos los intereses económicos que los determinan, y veréis como siempre hubo una cuestión social, una cuestión económica más ó menos velada por los ideales religiosos, políticos ó patrióticos y siempre escamoteada por el egoísmo de las clases imperantes en su ascensión hacia un mayor dominio ó posesión; vereis que siempre ha habido poseedores y desposeídos á partir de la terminación de los períodos prehistórico y tradicional del comunismo—cuya duración Gustavo Le Bon calcula en más de cien mil años—épocas tan alejadas de nuestros tiempos que para reconstruir sus modos de convivencia social los etnólogos tienen que hacer esfuerzos inauditos de investigación; á partir de aquel tiempo, repito, en que un hombre ó unos hombres, no se sabe bien á ciencia cierta—acaso más egoístas y más astutos que sus contemporáneos, tal vez de geosos de reivindicar una personalidad que se sentía demasiado relegada á segundo término en el *clan* de los primitivos pueblos, primera forma de convivencia social, ó tal vez por ambas cosas juntas, se apartaron de la posesión comunista de los bienes y fundaron el régimen de la propiedad individual que debía llevar la guerra al seno de las agrupaciones humanas, lanzando el primer egoístico grito de: «esto es mío». Innegable es esta primitiva comunidad de los bienes. Quedan suficientes huellas en el *mir* ruso, en la *zadruga* eslava, en las costumbres de muchos Consejos asturianos y de Castilla y en los cantones suizos, en pleno régimen de propiedad individual, para no poner en duda que las sociedades humanas debutaron, por lo menos en su régimen interno, con el modo de posesión común que excluía la miseria y la riqueza individuales, que hacía que la abundancia ó la escasez fuesen colectivas y no individuales.

No es necesario explicar toda la génesis y desarrollo del régimen de propiedad individual, cuyo signo originario sitúa Altamira, en su *Historia de la propiedad comunal*, en aquella forma de propiedad *adquirida*, reservada exclusivamente al padre, distinta de la propiedad común de la tribu y de la agrupación familiar. Me basta, para mi objeto, dejar sentado que la cuestión social, que esta lucha de pobres y ricos, de desposeídos y poseedores, es vieja. Lo nuevo es la forma y la precisión de los términos en que presentemente se desarrolla esta lucha. Una cuestión social palpitó ya en las luchas agrarias que se desarrollaron en el vasto imperio romano. Una cuestión social palpitaba ya vagamente en las predicaciones de los cristianos primitivos y de los primeros pa-

dres de la Iglesia que tronaban rudamente contra los ricos de su tiempo. Una cuestión social bullía y se agitaba por toda Europa en las revueltas religiosas, sangrientamente reprimidas, de los heresiarcas que se levantaron contra el desvío de la Iglesia cristiana una vez triunfante con Constantino; en aquellas predicaciones y revueltas de los Hermanos de los apóstoles, de los vaudenses, de los Hermanos y hermanas del libre espíritu, de los pobres de Lyon, de los hussitas, de los laboritas, de los fraticelli, de los hermanos moravos, de los anabaptistas, de los niveladores, de los cuáqueros, en fin, de toda aquella multitud de sectas que fueron precursoras de los idealismos comunistas del siglo XVIII, idealismos que principiaron con Juan Meslier, un verdadero socialista, y através de Rousseau, de Helvetius, de Morelly, de Argenson, de Mably, de Mercier, de Rétif de la Bretonne, de Dom Deschamps, de las sectas rusas y de la revuelta de Pougatchev, de Burke, de Tomás Spencer, de Ogilvia, de Babeuf, de Carrier y de Fouché, terminan en la Conspiración y en el Manifiesto de los Iguales, en plena revolución francesa, para reanudarse enseguida en la lucha que sostuvo la Internacional de los Trabajadores y que el socialismo y el anarquismo sostienen presentemente.

No; no es cosa nueva la cuestión social. Desde la aparición de la propiedad individual, un fenómeno social llama preferentemente la atención del observador que estudia la evolución de las sociedades interpretando la historia materialísticamente, es decir, determinados sus movimientos por los intereses económicos. Y el fenómeno es el paralelismo del tenaz empeño de todas las castas y clases dominantes y poseedoras de los bienes de la tierra en retener y agrandar el dominio de estos bienes, y el tenaz empeño que han puesto las multitudes desposeídas en reivindicar su derecho á esta posesión. Por un lado el egoísmo antisocial de casta y clase privilegiada que quiere ser sola á disfrutar el máximo bienestar y la consiguiente libertad y por otro lado el egoísmo social de las multitudes hambrientas y oprimidas que, sin que les haya abandonado jamás el que podríamos llamar hereditario instintocomunístico de sus lejanos y prehistóricos antepasados, formulan la pretensión de que todo el género humano tiene un igual y natural derecho á la posesión y disfrute de todas las riquezas sociales.

Esta cuestión social, que de época á época varía solamente de modalidad, está en el fondo de las luchas religiosas de todas las sectas que he citado y otras que es ocioso enumerar porque nes

haríamos interminables; está en los idealismos políticos del siglo XVIII y en los ideales de nuestro siglo. Así vemos que el ideal comunista palpité en las luchas de dichas sectas religiosas, fué confusa y vagamente socialista en los albores y durante el desarrollo de la revolución francesa, y es francamente socialista y revolucionario en nuestros tiempos; pero es siempre lucha de pobres contra ricos y de ricos contra pobres, es siempre una lucha económica, una lucha por la posesión de las cosas materiales. «La vida común es obligatoria para todos los hombres;—decía ya San Clemente en el siglo III de la era cristiana—la propiedad privada es hija de la iniquidad.» Y San Gerónimo recargaba la dosis agregando: «La opulencia es siempre producto del robo; si no ha sido cometido por los propietarios actuales, lo fué ciertamente por sus antepasados.» Juan Ball, discípulo del célebre comunista Juan Wicleff, extendía en el siglo XIII las predicaciones de su maestro agrupando las gentes de los campos y las ciudades y diciéndoles: «Buena gente, las cosas no irán bien en Inglaterra mientras todos los bienes no sean comunes, mientras haya villanos y nobles.» Y el Manifiesto de los Iguales, en plena efervescencia política de la revolución francesa, y haciéndose intérprete de las aspiraciones de las multitudes que veían escapárseles los beneficios materiales de la revolución, estaba impregnado de socialismo y reclamaba la comunidad de los bienes. «No más propiedad territorial individual, decía. La tierra no es de nadie. Reclamamos, queremos el disfrute común de los frutos de la tierra, que pertenecen á todo el mundo.»

Marx y Bakunin, estos colosos del pensamiento y de la acción socialistas, con sus científicas teorías y sus sistemas económicos socialistas, no han hecho otra cosa que precisar, ampliar y fijar con mayor clarividencia en el ánimo de las actuales multitudes desposeídas, aquella aspiración comunista, socialista, igualitaria, que fué estrella menos brillante y guía menos seguro tanto de las múltiples sectas religiosas que pulularon por toda Europa, y por la China y por la Persia antes que en Europa, como de los «descamisados» de la grandiosa revolución francesa. Esta aspiración igualitaria, comunista, anclada y nunca desarraigada del corazón de las multitudes, ahora consciencia de un nuevo y más justo derecho gracias á la pléyade de sociólogos discípulos y continuadores del pensamiento y de la obra de Marx y de Bakunin, es, por consiguiente, tradicional, mucho más antigua que el individualístico sistema de la propiedad privada, y con su tradición tiene también su historia, su desarrollo doctrinal, su acción y sus sacrificios. La persistencia

de esta aspiración á través de tantísimo siglo transcurrido y afirmándose en el nuestro de modo más resuelto y científico, significa algo más que un vago y utópico deseo de hambrientos y un fracaso continuo de este deseo, como por algunos se ha pretendido; significa que en nuestro modo de convivencia social hay un vicio de origen y que este vicio de origen, que para nosotros los socialistas radica en la propiedad privada, debemos suprimirlo si queremos que los hombres vivan lo mas armónicamente posible sobre esta tierra que á todos por igual nos lleva por el espacio.

El origen de la burguesía y la realidad burguesa

No ignorais los orígenes de la burguesía actual. Es hija de aquella clase media que poco más de un siglo hace se insurreccionó bravamente contra el «feudo» que la avasallaba y expoliaba y al tronchar unas cabezas reales proclamó los famosos Derechos del Hombre en contraposición á los seculares privilegios del clero y de la nobleza.

Fuó bajo muchísimos aspectos grandiosa aquella revolución, orgullo del pensamiento y de la acción afirmándose frente á dogmas y privilegios que la rutina, el miedo y la ignorancia habían hecho respetables. Afirmáronla y abonáronla con su sangre aquellos «descamisados» que iban á la frontera enemiga y á la muerte cantando porque en el triunfo de la revolución creyeron ver el término de su esclavitud corporal y de sus sufrimientos. Fueron pródigos de su sangre porque los proclamados Derechos del Hombre pusieron una esperanza, más exactamente dicho, reavivaron en sus corazones dignos de la libertad la tradicional esperanza en un porvenir igualitario.

Pero aquella esperanza, forzoso es reconocerlo, no se ha convertido en una realidad. La esperanza que los descamisados pusieron en el advenimiento de la Democracia se va desvaneciendo como el humo y en el corazón de sus descendientes, de estos sin trabajo de nuestros días que en Londres apedrean de noche los cristales de las moradas burguesas para hacer penetrar en ellas el grito del hambre, apenas si perdura el recuerdo, un recuerdo borroso y torturador, como aquél que despertando de un bello sueño halla las fealdades de

una realidad aplastante. Aquella revolución, que de haber escuchado las vibrantes voces de la mal llamada utopía y de haber ido hasta las últimas consecuencias del principio rebelde que la animó pudo haber sido social, no pasó de política. Lejos, muy lejos iba el pensamiento de los utopistas desdeñados y guillotinos por los mismos grandes hombres de la revolución; que siempre se adentró mucho en el porvenir la mirada de la utopía; pero su pensamiento luminoso quedó aherrojado por el materialismo de los intereses económicos que la misma revolución iba creando. Mientras las multitudes, apenas libres de la servidumbre, levantaban ansiosas las manos hacia la «utopía» en la Conspiración de los Iguales, la conspiración de aquellos 17.000 discípulos de Babeuf y de Buonarotti y de cuyo Manifiesto os he citado anteriormente un significativo párrafo que es una afirmación rotunda del derecho natural, la clase media se adueñaba definitivamente del poder y desde él robustecía el vicio de origen de nuestra convivencia social tan trabajada por el antagonismo de los intereses de clase. La Revolución francesa, que tantos dogmas derribó teóricamente, no se hizo contra el privilegio y el monopolio de la posesión, vinculada entonces en el clero y en la nobleza, sino contra el exclusivismo de este privilegio. Dejó en pie la causa de la desigualdad económica. Mejor dicho, cambió el privilegio de sitio y nada más. La burguesía revolucionaria vió en el poderío político un excelente medio para hacer suyo el exclusivismo del privilegio y del monopolio de la posesión que disfrutaban sin trabas el clero y la nobleza y se apresuró á afirmar revolucionariamente el derecho político á un posesión que de hecho se había ya apropiado.

La Revolución hizo dueño y señor al tercer estado en detrimento del exclusivismo del privilegio del clero y de la nobleza; pero el cuarto estado, los proletarios, los descamisados, quedaron, económicamente hablando, como antes de comenzar la revolución.

Los intereses, la materialidad de los intereses arrinconó todas las filosofías generosas y todos los sistemas sociales que en aquella fiebre del pensamiento revolucionario se abrían paso. Si, el pensamiento fué muy lejos, pero el interés económico de la clase media contuvo la revolución material en el linde egoístico de un interés de clase, y aquella grandiosa revolución que pudo ser social no pasó de política. La visión igualitaria de los parias quedaba nuevamente defraudada en sus esperanzas, guillotizada en las personas de Babeuf y de Darthé.

Ved ahora la dolorosa realidad á cien años de distancia de aquella revolución. Permitid que transcriba aquí un trozo de una

crónica del distinguido publicista Antonio Zozaya. Es un cuadro admirable en forma de diálogo entre dos muertos. Yo no sabría escribirlo igual:

«—Me he apelado Vindex, y soy galo. Prisionero de César, he cuidado primero de los perros de Cayo Pretena, bajo el látigo del centurion, y después he llenado las ánforas de Rústico cabe el triclinio; he limpiado su toga pretexta y, por fin, he sido arrojado á las fieras por confesar al Cristo y asistir á las reuniones secretas de los hijos del muérdago. Un león nómida me mató.

«—Yo me llamo Juan y soy vascongado. He nacido obrero y el hambre me ha arrojado á la mina. Allí, sin luz, sin aire, sin aliento, he trabajado doce horas, reventando bajo el peso del mineral. Por fin, asociado á otros compañeros, perecí en un tumulto. Fui más desgraciado que tú: me mató un hombre.

«—Entre tu miseria y la mía median veinte siglos—ha dicho Vindex— Tú no has conocido la ergástula ni la gemonia. No has visto en el velario á los patricios riendo tus torturas. Has sido libre.

«—¡Libre!—ha clamado Juan.—¿Que fué de tu mujer y tus hijos?

«—Mi compañera murió en casa de Flavia recamando sus túnicas. Un hijo mio ciñó por fin el gorro de liberto. Otro murió esclavo de Trimalción.

«—Mi mujer ha sido prostituida y abandonada luego; mis hijos han muerto de hambre y debilidad.

«—¡Hambre! Jamás la conocí. Hubiera desmerecido en el mercado. Pero tú, ¿no percibirías estipendio?

«—Era insuficiente... Mi muerte no era para el patrón pérdida como lo hubiera sido la tuya.

«—Yo sufrí el espectáculo de la opulencia ajena como contraste á nuestra miseria. Séneca y Herodes Atico poseían millones de sextercios.

«—¡La opulencia ajena! Nunca como hoy mostróse desenfadada y terrible. Tú no sentías hambre, frío ni sed. Tu no has visto á tu alcance los manjares más succulentos sin poderlos tocar, los refinamientos más sorprendentes sin gozarlos nunca, los espectáculos más hermosos sin tener á ellos acceso. Tú no has sido llamado libre ciudadano por mofa, ni has entrevisto una cultura que se me niega, ni has visto corromperse á los tuyos por la vileza ajena y la miseria propia. ¡Has sido más dichoso que yo!», — *Crónicas del año dos*, pag. 56-57.

¿Qué deduciremos de esta realidad descrita de modo tan be-

llamente literario por Zozaya? Que la proclamación de los Derechos del Hombre fué la proclamación del derecho exclusivista de la clase media de entonces y de la burguesía actual; que la Revolución política, como la revolución religiosa, pasó ensangrentando los cuerpos de los descamisados, pero no vivificó los hogares de sus descendientes aportándoles la abundancia; que el derecho sin la posibilidad del hecho es puro viento, ó en otros términos, que la libertad política es una ilusión sin la previa igualdad de condiciones económicas.

La democracia, expresión política de los intereses económicos de la burguesía, no ha abatido sustancialmente nada de los viejos tiempos. Tenemos hoy un clero más rico y más numeroso que antes y cuya influencia se ejerce sobre los mismos que dicen ser sus enemigos. Figuraos el dominio que tendrá en las pequeñas ciudades y en el campo. Tenemos en Europa una nobleza que en la vecina nación, para no citaros más que un solo ejemplo elocuente de como resucitan cosas que se creyó muertas y enterradas, es dos veces más numerosa y diez veces más rica que antes; una nobleza cuyos jefes supremos pueden codearse amablemente con los representantes de aquellos burgueses que troncharon testas coronadas. Tenemos una burocracia parásita que crece todos los años con igual prodigalidad que los hongos en días de lluvia. Tenemos una burguesía gobernante que, valiéndome de una expresión de Leverdays, "tiene intereses y apetitos, que ni siquiera puede decirse que tenga pasiones, mucho menos ideas. El espíritu se ha retirado de ella y después de un siglo de reinar la vemos fenecer más miserablemente que acabó la nobleza."—*Politique et Barbarie*, pág 186.—Tenemos unos ejércitos que nos aplastan tanto en la paz como en la guerra y que son un formidable muro de contención de las reivindicaciones proletarias. En un periodo de diez años el presupuesto de guerra de las seis grandes potencias europeas, del Japón y de los Estados Unidos ha aumentado en 2.595.748.446 francos. Son el resultado de la Conferencia de la Haya para el desarme. Tenemos una burguesía propietaria y capitalista compuesta de hombres egoistas que disfrazan su egoismo á lo Juan de Robres, una burguesía que no es más que una minoría y por consiguiente una aristocracia, cuya ventaja sobre la otra es su elasticidad; una burguesía que, según la justa apreciación de Jorge Sand, «se aprovecha largamente del monopolio social que tiene entre manos y que no renunciará jamás, á no ser que se la obligue, á los medios que tiene de gozar más que el pueblo trabajando menos».—*Lettre á M. Lermnier*.—Y tenemos unos pueblos obreros que emigran, vícti-

mas del latifundio y del fisco en Italia y en España, para encontrarse nuevamente con la miseria en las soledades de las Pampas argentinas ó en los abrasados terrenos de fiebre del Brasil, sirviendo de criados á las máquinas segadoras; unos pueblos que no comen carne en provincias que, como en Sajonia, antes la comían, y que ni legumbres pueden comer, como en la provincia de Frisa, llamada la Irlanda neerlandesa; unos pueblos que, como en Francia, tienen que luchar desesperadamente, exponiendo sus cuerpos á las balás de los Lebel, para que los con razón allí llamados «salarios de hambre» no lleguen á lo inverosímil de este extremo; unos pueblos de vida tan insegura que, como en los Estados Unidos, los sin-trabajo forman verdaderos ejércitos y que cuentan actualmente en su seno unos 6.305.000 obreros desocupados, más de un tercio de la población obrera; unos pueblos que, como en las populosas ciudades inglesas, á semejanza de las ciudades rusas, piden al alcohol unas fuerzas ficticias de que carecen por falta de pan; unos pueblos, en suma, analfabetos, degradados por la miseria, por la ignorancia y por el hábito de la servidumbre.

He aquí la realidad, la realidad aplastante de hechos que no pueden negarse y en que no hay ninguna exageración; la realidad de aquella famosa divisa, parecida á una esperanza, que enarboló la burguesía antes del triunfo: libertad, igualdad y fraternidad.

Ni libertad, ni igualdad, ni fraternidad. La opresión, la desigualdad y la guerra imperan todavía soberanas de polo á polo, de oriente á occidente.

Y ¿por qué? Buscad este porqué en aquel vicio de origen de nuestra convivencia social que dejó subsistente la revolución francesa; buscadlo en la propiedad privada. «Nada más infame, escribió el publicista francés Eugenio Simón, que este derecho de propiedad: mata el hombre, mas que matarlo, lo desmoraliza y degrada. Con el se explica una parte de los hechos que tanto me llamaron la atención cuando llegué á Francia, estas soledades inmensas, esta escasez de población, etc. Así se explican estos ejércitos permanentes, estos presidios, estas cárceles; como la injusticia no puede ser consagrada sino por la arbitrariedad, se crean otras injusticias. Así se explican, en fin esta miseria del mayor número, el abandono de la debilidad, es decir, de la mujer, del niño y del viejo.»—*La cité française*.

Buscad también el porque en aquel principio de autoridad sintetizado en el Estado moderno, tan celoso defensor de la propiedad privada. Un escritor republicano, por consiguiente nada sospechoso de exageración anarquista, una de las figuras más sa-

lientes del republicanismo español, que murió arrinconado por la mediocridad y truhanería ambiente que se sentía zaherida por sus sinceridades de filósofo, Alfredo Calderón, escribió las siguientes líneas de oro que sin vacilación é inmodestamente hago mías:

«El Estado mata. Es homicida, es asesino. Mata con premeditación, con alevosía, con ensañamiento. Mata por instrumento de mano mercenaria. Mata sin pasión, sin obcecación, sin arrebató; por conveniencia, por egoísmo, por cálculo. Mata con escándalo, en público, jactándose de ello.

«El Estado roba. Gasta lo que se le antoja, y para pagar sus deudas mete mano sin tasa en la bolsa del contribuyente. Si el dinero ajeno no basta para satisfacer á sus deudores, no les paga y en paz. Perpetra periódicamente quiebras fraudulentas. Vive en grande á costa ajena. Arruina á la nación, deliberadamente, tranquilo, con la sonrisa en los labios.

«El Estado juega. Es empresario, es banquero, es *croupier*, es gancho. Sostiene una gran *timba* nacional, de la cual saca no poco provecho. Juega con ventaja, asegurando la ganancia. Y es lo bueno que tiene estancado el juego, como el homicidio, como el despojo. Solo él puede hacer aquello que prohíbe á los particulares. Quiere el monopolio de esos delitos. No admite competencia.

«El Estado huelga. La ociosidad, madre de todos los vicios, es su predilecta. Ofrece á la pereza el holocausto del tiempo. Su vida es un bostezo. Entre santos civiles ó eclesiásticos, esteros y desesteros, Pascuas, Navidades, carnavales y veraneos, ha convertido la mitad de los días del año en fiestas de precepto. La otra mitad la consagra al descanso. Solo que, al revés de lo que pasa con los anteriores vicios de los cuales se reserva la exclusiva, pretende generalizar la holganza é imponer, bajo graves penas, la observancia del ocio.

«El Estado obliga á todo Dios á jurar en vano el santo nombre del mismo. Jura el monarca, jurá el ministro, jura el senador, jura el diputado, jura el testigo, jura el jurado. Es un jurar y perjurar continuo. Si hay quien, siguiendo las enseñanzas del Cristo, rehúsa quebrantar el segundo mandamiento, los tribunales le sientan la mano, *considerando* que la ley de Enjuiciamiento criminal es derogatoria del Decálogo.

«El Estado... Pero ¿qué seguir? Si la mar fuera de tinta y el cielo de papel doble, no se podría escribir todo lo que de malo hace el Estado. Mas breve sería proceder por exclusión, y enumerar los delitos, infracciones ó pecados que deja de cometer... En la vida oficial es mentira todo: mentira el pacto constitucional, mentira las fic-

ciones legales del sistema, mentira la ley fundamental del Estado, mentira la *Gaceta*, mentira la representación parlamentaria, mentira los votos de la mayoría, mentira el *Diario de Sesiones*, mentira las promesas, mentira los programas, mentira la adhesión, mentira la disciplina, mentira la ley, mentira el presupuesto... Hay mentira administrativa, representativa, eclesiástica, militar, naval. académica, jurídica, penal, procesal, bancaria, bursátil, aristocrática, democrática, moral, estética, higiénica, médica, alimenticia... El Estado entero es una gran mixtificación, un colosal *infundio*.» — De *Treinta artículos*, pág. 94, 95 y 96.

En vano se opondrá, como reparo á esta dolorosa realidad burguesa, amasijo de tiranías políticas disfrazadas de libertad y de explotaciones económicas con careta de igualdad, los innegables progresos del pensamiento realizados en pleno período de esta aparatosa civilización burguesa que tiene muchos puntos de contacto con la barbarie.

En vano, porque yo os hablo de la subsistencia de privilegios insultantes y de derechos naturales hollados y no de progresos científicos que se deben á la investigación y esfuerzo individual de hombres que la misma burguesía propietaria y capitalista desconoce y aún dificulta la obra con su rutinarismo. Es demasiado grande la necesidad y la vaciedad de esta clase egoísta y vanidosa para que pueda atribuirse méritos individuales que no posee como clase. En este terreno su único mérito consiste en haber sabido apropiarse los frutos de este progreso de las ciencias aplicadas á las industrias, y su demérito en haber circunscrito la esfera del saber á un puñado de hombres. Ya sabéis que la pobreza no tiene entrada en las universidades sino de modo muy excepcional. Y las escuelas primarias para el obrero educan á éste para esclavo de los burgueses. Hay una enseñanza cortesana y unos maestros serviles que deforman el cerebro de nuestros hijos, una verdadera confiscación de la instrucción pública en provecho del gobierno y de la burguesía, á fin de moldear el espíritu de las generaciones futuras en una dirección conforme á los intereses de las clases poseedoras y gobernantes. Y este monopolio del saber y esta domesticación de los caracteres efectuada por la enseñanza oficial, es también una de las grandes injusticias sociales que claman reparación.

a impotencia burguesa

No es posible negar la existencia de una cuestión social originada en el hecho secular de esta exclusión de las multitudes de la posesión y pleno disfrute de los bienes de la tierra. Hay un derecho natural violado y es inútil que los publicistas á sueldo de los *beats possidenti* pretendan negar la conculcación de este derecho. Si considerais de cerca el origen de la propiedad y de todas las instituciones que la apoyan, veréis que reposan sobre la expoliación y que las legislaciones sucesivas no se han hecho mas que para reforzar la injusticia primera codificándola; que toda la organización de los Estados modernos está hecha para procurar beneficios á algunas decenas de millares de individuos. Sin el hábito de ver constantemente una misma cosa que nos hace familiarizar con ella hasta caer en el extremo de creerla insustituible, veríamos claramente este despojo y la opresión que acarrea. Observad que el tigre no ha dicho al tigre, «vivirás según mi ley, obedecerás á mi voluntad.» La mariposa no ha dicho á la mariposa, «te prohibo libar en esta flor, te ordeno fabricar mi capullo.» El cachalote no ha dicho al cachalote, «comerás lo que sobre de mi comida.» La yedra no ha dicho á la yedra, «te ahogaré, porque soy superior.» La rosa no ha dicho á la rosa, «te prohibo embalsamar el ambiente, soy la exclusiva reina del perfume.» Unicamente el hombre ha dicho al hombre: «si no me obedeces te mato; tu trabaja, yo ocioso; tu eres un paria, yo tu señor y dueño; resignate ó desaparece.»

«La tierra cuyo culto es eterno—escribió también Eugenio Simón,—la tierra que por los cuidados que exige y las muchas atenciones que impone encadena todas las generaciones unas á otras, que hace pesar sobre cada una de ellas hasta la reparación, la responsabilidad de las faltas, de las infracciones de las que precedieron; la tierra que es, por consiguiente, la fuente de la solidaridad y de la moral, está entregada al individuo, es decir, á lo que hay de más transitorio, más perecedero y responsable, y para que no le quede ninguna duda sobre el particular, para quitarle todo escrúpulo, todo lazo, la ley que une la tierra al individuo tiene mucho cuidado en estipular que se la entrega sin condición, con el derecho de usar y de abusar, sin tener que dar cuenta á sus contemporáneos ni á la posteridad. Fundar sobre el grano de arena que el viento se lleva, sobre el minuto que pasa, sobre la sombra, la solidaridad, la fraternidad, el orden, la moral y la justicia, ¿se ha imaginado algo

más subversivo de todo orden social? Y hablamos de moral, de justicia, de solidaridad, como si la propiedad individual, con las consecuencias que implica, no fuese la negación más violenta de toda moral y de toda solidaridad. No comprendemos nada de los males que nos aplastan y creemos remediarlos á fuerza de leyes y de expedientes.»—E. Simón, *Sur la terre et par la terre*.

En efecto, como apunta Eugenio Simón, que no es ningún escritor socialista y que no puede ser sospechoso, todas las legislaciones burguesas habidas y por haber son impotentes para resolver este conflicto de la cuestión social y para restablecer en su primitivo sitio el derecho violado.

Esta democracia de que tanto se envanece la burguesía pretendiendo resolver con ella pacíficamente, evolutivamente, todos los conflictos que le salgan al paso, es absolutamente impotente para resolver la cuestión social. A lo sumo puede servir para resolver los conflictos de intereses económicos y políticos inter burgueses, los conflictos entre las diferentes clases de la burguesía. Pero ante la cuestión social es impotente, tiene que hacer ver que hace ó cruzarse de brazos. La democracia puede parangonarse á un taburete subiéndose al cual se vé más lejos que estando de pié, pero es insuficiente para que los proletarios podamos alcanzar con las manos las riquezas deseadas. Más aún: esta democracia burguesa que ahora se está dando un barniz de socialismo para hacer ver que es progresiva, de igual modo que las monarquías se han dado un baño de democracia para alejar el advenimiento de la república, no es el socialismo ni podrá serlo jamás. Individualización de la propiedad y socialización de la propiedad son términos antagónicos. Entre estos dos sistemas hay un abismo. La democracia hasta es un peligro para la clase proletaria, porque en ella pierde fácilmente toda noción de clase y porque se cree ingenuamente dueña del gobierno continuando siendo de éste humildísima servidora. No hace mucho que desarrollé esta negación desde las columnas de *Solidaridad Obrera*, diciendo al proletariado republicano que lucha para mejorar de situación económica, estas palabras:

«Semejantes á los «descamisados» de la Revolución francesa, creéis que la forma de gobierno republicana dará satisfacción á vuestras aspiraciones de igualdad y de libertad; pero ignorantes como estais de la evolución histórica y desconociendo los hechos que la constituyen, no acertais á ver que la democracia, tanto si es monárquica constitucional como republicana unitaria ó federal, tiene un origen, es de esencia y lleva una finalidad de clase burguesa.

«Así como la teocracia fué la expresión política de los intereses materiales de la casta sacerdotal cuando era sola á detentar todas las riquezas, y la monarquía absoluta es la expresión política de los intereses de la clase aristocrática que sucedió y compartió con la clase sacerdotal aquella detentación de riquezas, la de mocracia es también la expresión política de los intereses económicos de la clase burguesa que consiguió derribar las instituciones ético jurídicas del clero y de la nobleza, y al apoderarse de la dirección de la sociedad fué creando su propias y adecuadas instituciones democráticas, jurídicas, políticas, tal como funcionan actualmente, y que le permiten efectuar la explotación del trabajo obrero y detentar las riquezas que este trabajo produce.

«El materialismo histórico, es decir, la evolución de las sociedades determinada por causas materiales ó económicas, nos enseña, entre otras, tres cosas principalísimas:

1.º Que todo Estado político es el órgano defensor de la clase que lo creó para que le defendiera sus intereses económicos.

2.º Que ninguna clase se eleva á la dirección social si antes no ha conseguido ponerse en condiciones materiales de superioridad sobre la clase que pretende sustituir.

3.º Que una vez una clase ha conseguido crear estas condiciones económicas de superioridad y ha creado el órgano político adecuado que le defienda sus intereses, se encierra en sus posesiones y se encastilla en sus conquistados privilegios, y no cede un palmo de terreno conquistado sino á la pura fuerza.

«De estas tres enseñanzas principales se desprende otra también importantísima: que todo Estado, con sus instituciones y legislaciones, no es capaz de crear ni puede crear para las clases desposeídas unas mejoras condiciones de vida porque equivaldría á suicidarse junto con la clase dominante que tiene la misión de defender.

«Ahora bien; la burguesía no tiene ganas de suicidarse. Es para no suicidarse que, á medida que perfecciona su sistema de producción capitalístico, perfecciona y robustece paralelamente las instituciones ético-jurídicas que han de defender este sistema suyo de producción, y la Democracia, este pretendido «gobierno del pueblo por el pueblo,» es el órgano defensor por excelencia que ha sabido crear la burguesía para *contener* y aun *desviar* las aspiraciones y los ataques del proletariado desposeído.»

Insisto ahora nuevamente en lo antedicho: ofrecen unas ilusiones igualdad y libertad al pueblo los demócratas burgueses que atribuyen una virtualidad ilimitada y progresiva á su sistema políti-

co económico, y se equivocan los socialistas titulados demócratas que en su afán de conquistar el poder político han hecho un cuarto de conversión hacia atrás abandonando la pureza de la doctrina socialista y las prácticas socialistas. Si la «igualdad» halla enseguida su desmentís en la línea bien netamente divisoria de los intereses económicos de la clase burguesa y de la clase proletaria, la «libertad» lo halla también, en el terreno político, en aquella línea divisoria de la teoría que promete libertades al pueblo y de la práctica que las niega á cada paso. No puede ser de otro modo. Si enemigo del obrero es el sistema de producción capitalístico, enemigo suyo ha de ser también el órgano político creado para defender y desarrollar este sistema.

Y hay más todavía señores: no tan solo es impotente la burguesía para resolver la cuestión social; lo es también para evitar el dualismo existente entre la teoría y la práctica de su mismísimo sistema de economía política, que ha fracasado por completo. Escuchad como os lo dice Alfredo Calderon con una franqueza que le honra:

«Durante la pasada centuria un grupo de teóricos idealistas y bien intencionados llegó á acreditar como dogma de orden económico la doctrina del *laissez faire*. La esfera de los intereses debía ser el imperio de la libertad más absoluta. No había sino dejar libre el paso á la acción benéfica de las fuerzas naturales. Buscara cada cual su propio bien y del conflicto de los egoísmos resultaría el bien de todos. Se ha puesto en práctica el sistema y ¿que ha sucedido? Que la esfera económica no es un cielo de armonías, sino un infierno de discordias. Que el interés individual, en vez de labrar la dicha ha causado la desgracia de los más. Que las desigualdades de fortuna aumentan cada día. Que no hay relación alguna entre las riquezas y el mérito. Que la libre competencia se suicida, viniendo á dar á la postre en los monopolios de los *trusts*. Que un pensador como Henry George llega á establecer entre el progreso y la miseria una ecuación, que, de ser cierta é irremediable, bastaría para hacernos renegar de la civilización.»

Pues apesar de este evidente fracaso todavía suele aconsejarse á los obreros que tengan confianza en la nueva legislación social que la burguesía gobernante pretende desarrollar sin tener que suprimir este modo de posesión individualista que nos ha llevado á tal fracaso. ¿Como vamos á tener confianzas en la nuevas leyes, si la burguesía gobernante también ha fracasado? «La política,—dice de Greef en su *Introducción á la Sociología*,—es con mucha frecuencia el refugio

de todas las nulidades... Casi todos los hombres políticos son empíricos; no conocen de las cosas más que las apariencias superficiales, no tienen otra ciencia que la de sostenerse en equilibrio sobre la superficie resbaladiza y móvil de los fenómenos sociales superiores, porque se imaginan dirigir los destinos de sus semejantes, los cuales, á su vez, se figuran de buena fe que reciben su impulso.»

Aparte este fracaso de la política, los proletarios no podemos olvidar que no fué por medio de leyes que la burguesía abatió el orden feudal, sino por la fuerza de la revolución de 1789; que la desaparición de una religión de Estado fué el resultado de la revolución de 1830; que el establecimiento del sufragio universal se debe á la revolución de 1848 y la proclamación de la República á la revolución de 1870. Si la burguesía no tiene necesidad del método revolucionario por haber llegado ya al máximo de su dominio, el proletariado tendrá que emplearlo para obligar á la burguesía á renunciar el privilegio de la posesión y el monopolio de la producción que tan ampliamente disfruta en detrimento de los trabajadores. Demasiado sabemos que las leyes, por reformables que sean, no son más que la consagración de la fuerza encargada de mantener intactos los privilegios económicos de la clase poseedora.

¿Veis ya porque han fracasado la economía y la política burguesas? En primer término porque la Revolución francesa que, como dije, no fué contra la nociva sustancialidad de las cosas viejas, no fué contra el privilegio en sí, al cambiar simplemente este privilegio de manos excluyó de los beneficios de la revolución al proletariado, al cual, para tenerle á su lado propicio, tuvo que prometer igualdades y libertades que no podía concederle ni entonces ni ahora porque se lo vedaba y veda el exclusivismo de los nuevos intereses de clase que se iban creando; y en segundo lugar porque al fundamentar un nuevo orden económico de clase, forzosamente tenía que crear un nuevo orden jurídico de clase que se lo defendiera, condenándose de este modo á dar eternamente vueltas en un círculo vicioso que no puede romperse sino con una nueva revolución genuinamente proletaria.

La burguesía se condenó de antemano al fracaso, á la impotencia y á la muerte como clase, porque fué egoísta, porque fué injusta, porque desoyó las voces de la razón igualitaria que pedía para todos los hombres sin excepción el pan seguro de la propiedad común y la libertad efectiva del hecho y no del derecho escrito.

Fué injusta y el tiempo le hará pagar caro su injusticia. No nos deslumbran las magnificencias de una civilización que pesa demasiado pesadamente sobre nuestras espaldas proletarias y que también

se habría creado en mayor escala sin aquel vicio de origen de que se trata. Pocos años atrás confesaba el Sr. Canalejas que falta *contenido social* en los programas políticos y aconsejó reforzarlos con leyes sociales protectoras del trabajo, leyes que no han protegido nada en los países que llevaron el consejo á la práctica. No nos entusiasman estas promesas. Nos hacen el mismo efecto que las promesas de un anciano moribundo que no quiere soltar el patrimonio por más que su carencia de lucidez de espíritu le imposibilita para administrarlo bien para su prole. Por *contenido social* que la burguesía gobernante inyecte en sus programas políticos, el sistema capitalístico de la producción ha de morir simultáneamente con el vetusto régimen de la propiedad privada. ¿No veis como se resquebraja ya todo el edificio? Son inútiles los puntales. Asoma ya el ocaso de la evolución burguesa que tiene el mismo vicio de origen que causó la muerte de las demás castas que la precedieron. No faltan los síntomas que anuncian este ocaso que no será tan brillante como el ocaso de los dioses del Olimpo. Siquiera los dioses helénicos tenían gracia y belleza; pero el becerro de oro de la burguesía es feo y repugnante á más no poder. Su culto ha producido los errores y los horrores debidos á los egoísmos individuales y de clase, las miserias producto de la acaparación capitalista y las mortandades que se originan en la propiedad privada, las ferocidades de la explotación del hombre por el hombre, el paralelismo del pauperismo creciente al lado de la creciente riqueza, la miseria y la muerte de grandísimo número de seres al lado de un puñado de hombres dueños de todas las riquezas y que las saborean hasta el hartazgo.

Y por aquí le viene la muerte á la civilización burguesa. No ha sabido ser *igualitaria* y morirá como el avaro, de cara á sus millones, incapaz de reaccionar á tiempo para salvarse del egoísmo que la mata. El consejo de Guizot: ¡enriqueceos! se le va á atragantar á la burguesía.

La aurora proletaria

Si hay un ocaso burgués también hay una aurora proletaria. Una clase declina después de haber desarrollado una civilización que no ha aportado á las multitudes todos los beneficios que podía y debía aportarles, y otra clase nace á la vida para desarrollar otra civilización que no excluya á nadie de los beneficios del progreso. Después de la evolución burguesa la evolución proletaria. Desviada la humani-

dad de sus orígenes de libertad y de igualdad por el egoísmo anti-social de castas y clases dominantes, va á emprender nuevamente la línea recta del progreso guiada por el egoísmo social de una clase que no admite entre los hombres otras diferencias que las naturales. Estas diferencias naturales de color, de lenguaje, de mentalidad, etc., no son, no han sido nunca los verdaderos y esenciales motivos de enemiga entre los hombres. Han sido los pretextos que han encubierto la injusticia del robo de la conquista y el de la explotación del hombre por el hombre. Estas diferencias naturales de grupo á grupo y de individuo á individuo no son una base racional y lógica para que un puñado de hombres tengan la pretensión de hacer derivar la desigualdad económica de dichas diferencias. El hombre primitivo no las tomaba por base de su convivencia social. Intuía muy bien que en el género humano no hay disparidad tal que pueda dar á uno motivo para expoliar y dominar á otros hombres. Y las multitudes de todas las épocas, en su simplicidad de hombres primitivos que la metafísica no ha podido pervertir del todo, lo han intuido siempre así en la formulación de sus aspiraciones y reivindicaciones. Escuchad esta interpretación del derecho natural de labios de un hombre cuyo nombre os será grato, pero cuya acción gubernamental ha sido recientemente nefasta para los trabajadores. Escuchadla de labios de Clemenceau cuando aún no había llegado á las alturas del impotente poderío gubernamental para llevar este derecho natural á la práctica. Dijo en el senado francés allá por el año 1902:

«Trae el hombre al nacer derechos á la existencia, y vendrá luego el socialismo diciendo: todos los hombres tienen derechos iguales á toda la existencia.

«*Toda vía no se ha argumentado contra esta doctrina; no se ha podido aún sostener que determinadas criaturas humanas tienen derechos mízimos, y que determinadas criaturas humanas tienen derechos superiores. No; doctrinalmente, todo el mundo ha de admitir forzosamente que todas las criaturas humanas tienen derechos iguales.*»

En estas palabras, que son de oro por más que después la realidad burguesa las ha renegado y el proletariado ha tenido que sellarlas con su sangre, está contenida toda la aurora proletaria precursora de un sistema de convivencia social que ha de asegurar á cada individuo toda la suma de bienestar y de felicidad adecuada en cada época al desarrollo progresivo de la humanidad.

Y esta aurora proletaria no es una mera ilusión de nuestros sentidos; no es ningún espejismo engañoso de mentes febriles y de corazones exaltados por el sufrimiento. Es una realidad más viva y

fulgente que este pobre ocaso de la civilización burguesa que no ha tenido más ideal que el de amontonar oro para dar vida al monstruo. so ser multimillonario. Permitid que exponga á vuestra consideración el saludo que años atrás, desde la archi-conservadora *Tribuna* de Roma, 28 Agosto 1897, el escritor Rastignac, pseudónimo del Abogado Vicente Morello, dirigió á esta aurora:

«¿Podemos decirnos á nosotros mismos la verdad? Si podemos decirnosla, yo me permito afirmar que la única forma heroica de la ciencia y de la vida moderna es el anarquismo; que del anarquismo derivan los libros más geniales y los hombres más valerosos; que en el anarquismo está en gestación y tal vez madurará la *gente nueva*, dominadora de la vida social... Este anarquismo tiene sus filósofos, sus poetas, sus periodistas, sus críticos y sus heroes; es toda una onda fresca y sonora de ideas y fantasmas, y en la obra de estos hombres, que ciertamente valen más y mejor que los chinos del socialismo y los bizantinos del conservadorismo, y en todo aquello que piensan y escriben tienen una tal fuerza socrática de raciocinio y una originalidad de inspiración tan viva, que á menudo maravilla y más á menudo conmueve... El anarquismo no es una causa, es una consecuencia; no es una proposición, sino una iliación; no es la expresión de una locura política, sino la afirmación de una condición de cosas que está destinada á cambiar. Dada una sociedad como la nuestra, es decir, una sociedad cariada en todo su esqueleto, que en todos sus humores está afectada de una discrasia ya invencible, el anarquismo, es decir, *el espíritu que niega*, es una necesidad lógica inevitable.

«El anarquismo es actualmente para nuestra sociedad lo que fué la filosofía de Rousseau para la sociedad francesa del siglo pasado. En aquel mundo cerrado de privilegios, de prejuicios y de crueldad, Rousseau se precipitó como un salvador se precipita en una estancia cerrada en que está á punto de asfixiarse una persona amada; y abrió todas las ventanas, y enseñó que más allá de aquellas leyes y de aquellos reglamentos de corte, que más allá de aquella medida de vanidad y de etiqueta, había campos libres y cielos infinitos, las glorias de la vida universal y las esperanzas del inmortal porvenir... El anarquismo contiene: contra el vil predominio de las mayorías electorales y parlamentarias la afirmación de la *conciencia individual*; contra la inercia moral de las clases llamadas dominadoras la afirmación de las *voluntades* renovadoras; contra la incoherencia del pensamiento y de la acción la afirmación *lógica* de uno y otra...»

¿Y qué pide, en suma, pregunto yo, este socialismo anarquista —porque el anarquismo es también socialismo, señores— á través de

las exigencias, de las súplicas y de las manifestaciones proletarias?

Pide el pan y la ciencia para todos, el pan del cuerpo y el pan del espíritu para todos los hombres. La extensión de la vida material y de la vida intelectual á todos. ¿Tiene esta petición algo de horrible, negativo y caótico, como por ahí han dado en decir los que de socialismo y anarquismo sólo hablan de oídas ó interpretándolos á través del prisma de un interés de clase que se siente amenazado de muerte? Lo que pide el proletariado militante, el proletariado consciente, es justo y es benéfico, es base de civilización sin la cual no puede salvarse. ¿Puede ser libre el hombre sin condiciones de existencia? ¿Puede ser libre en este infierno de un trabajo efectuado en condiciones embrutecedoras que además de absorber toda una vida no es suficiente su retribución para reparar el desgaste de fuerzas? ¿Es acaso hombre, en el más elevado sentido de la palabra, en medio de esta continua orgía de la ociosidad triunfante?

El fin de la humanidad en realizar la más alta cultura posible en todos los individuos, la mayor suma de salud y de vida, el mayor goce sin perjudicarse. Todo hombre debe encontrar en la sociedad lo que al nacer encuentra en la madre: el alimento adecuado. El hombre tiene derecho á que se le ponga en condiciones de tener este alimento; tiene derecho al pleno desarrollo de todos los elementos de vida que en sí lleva al venir al mundo, desde los gérmenes de la vida orgánica á los de la vida genial.

El proletariado se ha cansado de contentarse con estos retazos de igualdad y estas parcelas de libertad con que le gratifica la astucia burguesa. Quiere, exige toda la igualdad y toda la libertad, y tiene derecho á exigirlos en voz alta porque es tan de carne y hueso como la clase dominante que se las niega. Y yo digo más: digo que tiene, presentemente, un mayor derecho que la burguesía á disfrutarlas en toda su integridad, por que del Trabajo, que es productivo por sí mismo, salen todos estos beneficios del Capitalismo, que no es productivo por sí mismo. Intentad la prueba. Dejád á la burguesía todos sus millones y propiedades y arrebatadle la fuerza del trabajo, arrebatadle el obrero. Veríaisla encerrada en este dilema: ó morirse de hambre sobre sus millones y propiedades ó poner manos á la tarea como cualquier obrero. Invertid ahora los términos. Suprimid mentalmente el Capital y los capitalistas é imaginaos á los obreros nuevamente desnudos y desarmados sobre la tierra. No se morirían de hambre, tenedlo por seguro. Su esfuerzo muscular y su esfuerzo intelectual resucitarían la agri-

cultura y la industria, como hizo el hombre primitivo sin capitales, como la vida comunista de los primitivos.

Esta creencia en la imprescindibilidad del Capital y de los capitalistas para la vida progresiva de las sociedades, nos está haciendo agonizar hace siglos. Es necesario matar esta creencia, es necesario decir á los explotados que el sistema de producción capitalístico les usurpa á mansalva el fruto del trabajo. Es necesario repetirles hasta la saciedad las palabras de Eugenio Simón: este derecho de propiedad es infame porque mata, desmoraliza y degrada el hombre.

La contradicción de la intelectualidad burguesa

En esta rápida peregrinación por los dominios del pasado y del presente de esta lucha gigante que sostienen la burguesía y el proletariado, os he aportado el testimonio de escritores que no militan en el campo del socialismo y del anarquismo. He tenido especial empeño—y no creais que para sentar plaza de erudito—en demostrar que las críticas socialistas y la filosofía anarquista tienen la conformidad teórica, doctrinal, de los más esclarecidos pensadores burgueses.

Pero digamos en honor de la verdad que esta conformidad es meramente platónica. En cuanto el proletariado militan e exterioriza colectivamente sus idealismos de un modo algo vivo en las huelgas revolucionarias, tan pronto como las teorías abandonan el gabinete de estudio del pensador y se hacen músculo y nervio en la calle, todos aquellos pensadores burgueses se echan atrás espantados y se apresuran á formular reservas y distingos de todo género. ¿Será porque el socialismo revolucionario tiene el triste privilegio de cobijar toda la impulsividad, todo el espíritu de odio y de venganza, todo lo más intolerante y catastrófico, y se hace entonces repulsivo á la sensibilidad de estos refinados pensadores?

No debe ser por esto, por cuanto yo podría aportarlos la prueba de que la apología de la violencia y aun del odio no está precisamente en el campo del socialismo, sino en el campo burgués, está en la literatura burguesa.

Yo recuerdo perfectamente al nacionalista francés Mauricio Ba-

rrés, autor del libro *El enemigo de las leyes*, haciendo la apología de Emilio Henry, mientras los conocidos anarquistas Eliseo Reclús y Enrique Malatesta combatían su atentado por considerarlo antisocial. El clerical antisemita Pablo Drumont y Francisco Coppée hablaron de la decapitación de Vaillant como no hicieron ningún anarquista. Apologías de la violencia hallamos en el libro de Enrique Leyret titulado *Dans les faubourgs*, en los escritores Eduardo Conte, Dêscaves y Barrucand. Leed el «Germinal» y el «París» de Zola; leed la «Meleé sociale» de Clemenceau, las «Pages rouges» de Sevrine, «Sous le sabre» de Juan Ajalbert, le «Soleil des morts» de Camilo Mauclair, la «Chanson des gueux» y «Blasphemes» de Juan Richepin. Repásense las colecciones de los «Entretiens politiques et littéraires», del «Mercure de France» de la «Plume», de la «Revue Blanche», y encontraréis expresiones literarias tan violentas como jamás se vieron en los periódicos anarquistas. No es por este motivo que se retraen del campo de la acción proletaria los intelectuales de la burguesía.

Los mismos teóricos del socialismo de Estado hacen coro á este espanto de la intelectualidad burguesa cada vez que la acción colectiva proletaria pone pavor en los espíritus timoratos. ¿A qué se debe pues, esta contradicción manifiesta en pensadores de tan innegable talento como los que he citado y mil más que podría citaros? Dice un conocido proverbio que «una cosa es predicar y otra dar trigo». Por esto obsevamos, sin ninguna extrañeza por parte nuestra que tan pronto como el proletariado consciente pasa de la teoría á la acción, el ambiente burgués, el interés y ciertos prejuicios de clase-burguesa, recuperan enseguida, aferran nuevamente el espíritu de estos señores intelectuales y les fija otra vez en su puesto de combate, en las filas de la burguesía. No son obreros y no pueden sentirse proletarios. De ahí toda suerte de teorías evolucionistas y pacifistas que son una verdadera adaptación al medio nocivo y no una reacción contra su insanidad, para no tener que dar la razón al hecho proletario revolucionario después de haberla dado á la teoría revolucionaria. El dómine y el magister chapados á la antigua surgen entonces como por arte de encantamiento pretendiendo dirigir la acción del mundo obrero por los torcidos carriles de su legalómana fantasía, olvidándose de que, como dijo Emilio de Girardin, «demasiado tiempo ha la Autoridad ha desviado el mundo con la pretensión de gobernarlo. Yo pido que la autoridad abdique, que la libertad suceda á aquella, que el poder legislativo, condenado por sus obras, ceda en fin el lugar al poder individual fortificado por la im-

prenta y el vapor, por el trabajo y el ahorro». (*La politique universelle* pág. 66).

Por suerte, el mundo obrero hace tiempo que está en marcha, fija la mirada en la libertad, en aquella diosa luminosa que cantó el Carducci de otros tiempos. El poder creciente de las multitudes no se detiene ante las ya frágiles barreras que le opone la vieja directiva burguesa y no se detendrá tampoco ante las que pretende oponerle la nueva directiva del socialismo de cátedra. «El advenimiento de las clases populares á la vida política, dice Gustavo Le Bon en su *Psicología de las multitudes*, es decir, su transformación progresiva en clases directoras, es una de las características más salientes de nuestra época de transición.

«En realidad no es por el sufragio universal que se caracteriza este movimiento. El nacimiento progresivo del poder de las multitudes se efectuó al principio por medio de la propagación de ciertas ideas que se han implantado lentamente en los espíritus, y después por la asociación gradual de los individuos para lograr la realización de las concepciones teóricas. Por la asociación las multitudes han acabado por formarse una idea, sino muy precisa, por lo menos bastante exacta de sus intereses, y adquirido la consciencia de su fuerza. Las multitudes fundan estas sociedades de resistencia ante las cuales van capitulando todos los poderes, y estas bolsas del trabajo que, á despecho de todas las leyes económicas, tienden á regular las condiciones del trabajo y del salario... Actualmente las reivindicaciones de la multitud se vuelven cada vez más netas y conducentes á la destrucción completa de la sociedad actual, para reconducirla á aquél comunismo primitivo que fué el estado normal de todos los grupos humanos antes de la aurora de la civilización. Limitación de las horas de trabajo, expropiación de las minas, de los ferro-carriles, de las fábricas, del terreno, reparto igual de todos los productos, eliminación de todas las clases superiores en beneficio de las clases populares, etc. He aquí las reivindicaciones.

«Poco aptas para el raciocinio, las multitudes son, al contrario, muy aptas para la acción. Gracias á su organización actual su fuerza se ha hecho inmensa. Los dogmas que nosotros vemos nacer tendrán muy pronto el poder de los dogmas viejos, es decir, la fuerza tiránica y soberana que pone al abrigo toda discusión. El derecho divino de las multitudes se sustituirá bien pronto al derecho divino de los reyes.

«Los escritores favorecidos de nuestra burguesía actual, los que mejor representan sus ideas un poco estrechas, sus miopías, su

escepticismo un poco sumario, y su egoísmo á veces demasiado excesivo, se alocan ante este nuevo poder que ven crecer, y, para combatir el desorden de los espíritus, dirigen desesperados llamamientos á las fuerzas morales de la Iglesia, á estas fuerzas morales que antes ellos mismos tanto despreciaron.

«Nos hablan de la bancarrota de la ciencia, y como penitentes venidos de Roma, pretenden recordarnos las enseñanzas de las verdades reveladas. Pero estos reconvertidos de nuevo cuño olvidan que ya es demasiado tarde. Si verdaderamente la gracia les ha tocado, esta gracia poco poder puede tener sobre almas que no se inquietan lo más mínimo de las preocupaciones de estos devotos de nuevo cuño. Las multitudes no adoran ya los dioses que estos mismos devotos contribuyeron á derribar. Y no hay poder divino ni humano que pueda obligar á los ríos á remontarse hasta su origen.»

Afirmación de la libertad

A pesar de todas las impurezas de un medio corruptor que fuerza á sus individuos á una lucha desesperada y despiadada de unos contra otros ahogando toda tendencia á la solidaridad y los más bellos impulsos del corazón; á pesar de todas las defectuosidades de una educación que tiende á domesticar los hombres en detrimento del noble sentimiento de la libertad; á pesar de las filtraciones é influencias de la teórica burguesa que tiende á desviar y neutralizar el esfuerzo de los espíritus generosos é innovadores; á pesar de estos y otros pesares, la evolución de la clase proletaria va siendo ya un hecho, una transformación lenta de nuestro modo de convivencia social. Teórica y experimentalmente el esclavo se va dando cuenta de su esclavitud; va comprendiendo que forma un mundo aparte del de la burguesía; va adquiriendo, en suma, una conciencia de clase que antes no tenía, y esta conciencia de clase le sirve de orientación segura en sus presentes luchas. Antes era un juguete de todas las direcciones burguesas, movíase en el sentido que le imprimía el interés de clase burgués y era víctima de todas las ilusiones que le dictaba la teórica burguesa. Ahora ya es para él axiomático que el sistema capitalístico de la producción le roba y que para emanciparse de esta explotación no debe contar sino con sus propias y únicas fuerzas. Antes sus aspiraciones igualitarias y sus anhelos de libertad estaban velados por idealismos que no eran expresión de un interés

de clase proletaria; buscó primero la libertad en aquel «reino de los cielos» de la religión que beneficiaba á la teocracia; persiguió después el bienestar cambiando de caudillos que le llevaron al régimen feudal; entrevió luego la igualdad en una libertad política que consolidó el interés de la naciente burguesía... Todas estas nieblas van desapareciendo, lentamente, sí, pero disipándose al fin al calor de la verdad científica, de la verdad sociológica que dice á los hombres: os destrozais fraticidamente por la posesión individual de unas cosas que debían ser comunes, sois infelices porque no sabéis ser igualitarios en el disfrute de los bienes de la tierra.

Guiados por esta verdad sociológica, fruto de la observación de un puñado de hombres estudiosos y abnegados, los proletarios han comprendido que debían formar una gran familia humana solidaria en el dolor, en los intereses y en las aspiraciones, y se han asociado dándose la mano por encima de las fronteras y de las banderías que hasta aquí les dividieron.

Y ved su obra de fraternidad en estos congresos sindicales que son verdadera expresión de fuerza orgánica y de fuerza mental capaces de transformar este viejo mundo de encontrados intereses en un nuevo mundo de intereses armónicos. Vedles afirmando la gran patria común que no excluirá, como algunos han creído, las diferencias individuales, que no borrará la gamma de las diversidades naturales, que no ahogará la germinación de nuevas cosas. Iguales por la posesión de las cosas, la libertad consiguiente á esta posesión igualitaria dará á los hombres la verdadera posibilidad de moverse y actuar en tantas direcciones como sean necesarias.

Vencido ya el primer obstáculo que se oponía á la evolución proletaria: el fraccionamiento de la gran familia proletaria en banderías contrarias á su interés de clase—y estos ocho millones de obreros actualmente organizados son ya garantía de una mayor unión—falta dar, después de las primeras escaramuzas preliminares de nuestros días, la gran batalla al coloso que tiene músculos de hierro y pies de barro.

Lo derribaremos, porque su base, por secular que sea, es frágil, y porque toda su fuerza estribaba en esta ignorancia proletaria que se está desvaneciendo. Solo entonces, cuando la burguesía agonice como clase, comprenderá cuan injusta fué en su egoístico interés y cuan dolorosa la existencia de sus esclavos. El dolor aleccionará á la burguesía.

El día de la liberación de todo el género humano se acerca porque el de la gran batalla se avecina. La aspiración igualitaria de

las multitudes se ha condensado, al fin, contra el verdadero enemigo: el privilegio de la posesión individual y el monopolio de la producción capitalista! También el sentimiento de la libertad ha visto donde estaba su adversario.

Permitidme que termine con las proféticas palabras de uno de vuestros grandes pensadores que ha visto tan claro en el porvenir como el más osado de los pensadores socialistas; con las palabras del republicano italiano Juan Bovio en su *Doctrina de los partidos políticos en Europa*:

«Ya que la revolución, para cumplir su ciclo destinado, se presenta como social, es decir, como equilibrio de las dos declaraciones, de todos los derechos y de todos los deberes, el partido revolucionario por excelencia debe ser anárquico, debe presentarse, no como adversario de esta ó aquella forma del Estado, sino de todo el Estado, porque allí donde vé Estado ve privilegio y miseria, ve dominadores y súbditos, ve códigos y no derechos, ve cultos dominantes y no religiones, ejércitos y no defensas, escuelas y no educación, ve el textremo lujo y la extrema miseria. Pontífice, rey, presidente, directorio, dictador, tal es siempre el Estado: divide la comunidad, y all donde más divide, allí es donde, con uno ú otro nombre, más domina.

«Gravoso sobre los sujetos, envidioso del vecino, el Estado es opresión en el interior. Con el pretexto de ser el órgano de la seguridad pública, es por necesidad expoliador y violento; y con el pretexto de custodiar la paz entre los ciudadanos y los partidos, es provocador de guerras vecinas y lejanas. Llama bondad á la obediencia: orden al silencio, expansión á la destrucción, civilización al disimulo. Como la Iglesia, es hijo de la común ignorancia y de la debilidad de los más. A los hombres adultos se manifiesta tal cual es: el mayor enemigo del hombre desde el nacimiento á la muerte.

«Cualquier daño que pueda á los hombres derivar de la anarquía, será siempre menor que el peso del Estado sobre el cuello.

«Sienten los hombres este peso, y al cambiar la forma del Estado periódicamente, se dan cuenta de *mutare citellas*: la forma cambia el volumen, pero no disminuye el peso. Y este cambio de formas podia tal vez ser bueno con respecto á reivindicaciones especiales; pero cuando no se lucha ya por este ó aquel derecho ó deber, sino por la suma de los derechos y de los deberes, todas las formas quedan superadas y el Estado resulta menor que el fin.

«Contra el Estado tiran los anarquistas y no retornan á la teoría de Rousseau: no intentan rehacer la Naturaleza, sino interpretarla, porque afirman que el orden natural está en la anarquía. Así

como las moléculas se organizan por ley de afinidad y de cohesión, de igual modo se organizan los hombres, los cuales no necesitan de ningún poder opresor para vivir en sociedad. Precisamente porque el Estado es uno, es más homicida. Dejad á los hombres entregados á si mismos, y cada uno se defenderá y defenderá á los demás, mientras que al presente deben guardarse del Estado. *¿Quis custodiet custodem?*

«Anárquico es el pensamiento y hácia la anarquía camina la historia. El pensamiento de cada hombre es autónomo, y no obstante todos los pensamientos individuales se van organizando en un pensamiento colectivo que mueve la historia. Y hacia la anarquía visiblemente camina la historia, agotando la vitalidad del Estado y descubriendo cada vez más la antinomia insuperable entre el ser del poder central y la libertad del hombre.

«Justificad el Estado como queráis; consagraadlo, trasladando á él el Dios de la Iglesia; hacedlo güelfo, gibelino, burgués, teocrático, monárquico ó republicano: siempre os daréis cuenta al fin de que tenéis al cuello un tirano contra el cual protestaréis de continuo en nombre del pensamiento y de la Naturaleza.» — He dicho.

Salud y Fuerza

Procreación Consciente y Limitada

Revista mensual ilustrada

DE LA

LIGA DE REGENERACIÓN HUMANA

Suscripción anual: 2'00 pesetas; para el Extranjero 2'50.

El estudio de la cuestión sexual tan importante bajo el triple punto de vista individual, familiar y social, se impone á todos los que aspiran al mejoramiento y bienestar de la Humanidad,

Muy pocas veces se ha visto que una doctrina sea tan difamada y tan poco conocida como la de la procreación consciente.

Muy contados son los que la han estudiado, y muchísimos son los que hablan de ella no conociéndola más que por las difamaciones de los pudibundos hipócritas y de la combatibilidad de los reaccionarios refractarios á toda idea de progreso científico y á toda buena administración de la vida humana.

A todos los que libres de todo prejuicio rutinario y con sinceridad desean conocer la verdad, á todos los que quieran *saber* para *obrar*, les interesamos á que

Lean y den á leer á todos sus amigos y personas de su trato

Salud y Fuerza

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Tapinería 27 y 29, pral. 1.^a — BARCELONA

¡Leed todos!

LA POLÍTICA

JUZGADA

por los POLÍTICOS

50 cents. ejemplar

Léase

GENERACIÓN CONSCIENTE

Trabajos denunciados en la Revista SALUD y FUERZA, en Mayo de 1907, y cuya publicación no se consideró delictiva en el Juicio por Jurados celebrado en la Sección de lo Criminal de la Audiencia de Barcelona, el día 2 de Julio de 1908

Obra utilísima para todas las personas que deseen realizar con verdadera consciencia el acto más trascendental de la vida: la generación de un nuevo ser.

Obra única publicada en español tratando detenidamente la descripción de los órganos genitales del hombre y de la mujer; estudio completo del acto de fecundación y de los medios eficaces para evitarla en caso de no ser deseada.

Texto ilustrado con 18 grabados, figuras anatómicas, aparatos y objetos de preservación sexual.

50 cents. ejemplar

Inmoralidad del Matrimonio

Segunda

edición

por RENÉ CHAUGHI. Es el folleto más curioso que se haya escrito hasta ahora en contra del matrimonio.

10 cents. ejemplar

¿DÓNDE ESTÁ DIOS?

MONOLOGO ANTICLERICAL Por M. Rey.

10 cents. ejemplar

¡Leed y propagad la

¡HUELGA DE VIENTRES!

MEDIOS PRATICOS PARA EVITAR LAS FAMILIAS NUMEROSAS.

10 cents. ejemplar

PRODUCTO DE HIGIÉNE

Conos preservativos

del embarazo y de las enfermedades sexuales del
Doctor F. MASCAUX

Es uno de los mejores y más sencillos medios empleados hasta ahora para impedir la concepción. Estos conos previenen también de una manera eficaz las enfermedades venéreas y son al propio tiempo de grande utilidad en los flujos blancos é inflamaciones de la matriz.

MODO DE USARLO

Unos dos minutos antes de cada copula, introducirse un cono en el fondo de la vagina, empujándolo con la yema del dedo, hacia el cuello de la matriz.

PRECIO: CAJA CONTENIENDO 12 CONOS, 2'50 Pesetas

FORMOLODOR VEIGNAULT

Esterilizante el más poderoso, propio para las inyecciones después de las relaciones sexuales y para la higiene diaria de mujer. Medalla de oro en la Exposición de París.

MODO DE USARLO:

Para las inyecciones diarias, afecciones de los órganos genitales, flujos de todas clases:

Una pastilla disuelta en dos litros de agua.

Para la inyección después de la cópula con el fin de evitar el embarazo:

Una pastilla en un litro de agua.

Precio: Tubo conteniendo 15 pastillas: 2'50 pts.